



**Historiador en tiempo presente.** En su novela, Jablonka se interna en un violento hecho policial de años recientes.

MARINA ARTUSA  
DESDE PARÍS

**Entrevista con Ivan Jablonka.** El reconocido historiador francés incursiona en una ficción documental con un caso real, el asesinato de una camarera.

# Investigación de un mundo brutal

**E**s exactamente tu tipo de locura", confiesa Ivan Jablonka que le dijo quien le regaló el dvd de *La habitación verde* de Truffaut, esa película que cuenta la historia de un viudo que consagra su vida al recuerdo de su joven esposa difunta y de los muertos de la Gran Guerra. Jablonka lo cuenta en el anteúltimo capítulo de *Laëtitia o el fin de los hombres*, una investigación literaria en la que este historiador francés dedicó más de 400 páginas a convertir en literatura con rigor histórico y sociológico los 18 años que duró la vida trágica de Laëtitia Perrais, una camarera de Pornic, cerca de Nantes, en Francia, que fue secuestrada en la noche del 18 al 19 de enero de 2011 y apareció descuartizada en dos estanques doce semanas después. Fue Cécile de Oliveira, la abogada de Jessica Perrais, la hermana melliza de Laëtitia, quien le regaló a Jablonka el dvd de Truffaut.

"Si pienso en los muertos, escribo por la vida", dice este profesor de historia de la Universidad París XIII en este libro, en el que aplica el método que ya había esbozado en otra de sus obras: *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto para las ciencias sociales*.

"Soy un investigador social y un escritor al mismo tiempo. Puedo ser un escritor sin negar mi propio método ni mi rigor intelectual. Cuando hablo de rigor, me refiero a conducir una investigación, a plantear un problema. Por ejemplo, ¿de qué modo esta joven fue destruida en menos de dos décadas?", dice Jablonka en una mesa del Café Charbon de la rue Oberkampf, en París.

Llega a la cita con una maleta porque de aquí parte a Barcelona donde presentará *Laëtitia o el fin de los hombres*, que ha ganado los premios Le Monde, Médicis y

Prix de Prix.

**-Su libro es una investigación pero recibió premios literarios. ¿Qué lo vuelve literatura?**

-Quiero escribir un libro que pueda ser considerado literatura pero quiero ir más allá de la no ficción, en la historia. Esto no es lo mismo que hablar de no ficción, lo cual nos remite a Truman Capote, a Rodolfo Walsh: periodistas tratando de decir algo verdadero acerca del mundo, mirando a su alrededor y preguntándole a la gente qué siente al respecto. Esa no es mi posición. Es posible imaginar una categoría de texto que pueda estar al mismo tiempo en el ámbito de la investigación y de la literatura.

**-¿Cómo puede distinguirse entre no ficción e investigación en las ciencias sociales?**

-La diferencia entre la no ficción y mi trabajo es el modo en el que permanezco dentro de un método, que es el de las ciencias sociales. Como dije, una investigación, desde un punto de vista intelectual,

BÁSICO

IVAN JABLONKA

PARÍS, 1973

Es profesor de historia en la Universidad París XIII y codirector de la colección La République des idées de la editorial Seuil. Es el autor de *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales* (2016). Entre sus libros anteriores destaca *Historia de los abuelos que no tuve* (galardonado en 2012 con el Premio del Senado para libros de historia, el Premio Guizot de la Academia Francesa y el Premio Augustin Thierry), en el que indaga en las vidas de sus abuelos desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial. También publicó *À me soeur* (2005) y *Le Corps des autres* (2015).

requiere plantear un problema, distinguirlo del mundo real, buscar evidencias, verdades y tener un modo de demostrar algo. Eso es un método.

**-Acaba de decir que su planteo inicial en este libro fue abordar de qué modo una joven fue destruida en menos de dos décadas. ¿Cómo aplica aquí su método?**

-Laëtitia no murió ese día de enero de 2011. Ella fue asesinada lentamente desde el primer segundo de su vida. La violencia comenzó muy temprano, tal vez hasta en su vida prenatal. Este es un planteo: buscar evidencias en sus archivos, en el servicio social o su cuenta de Facebook, buscar testigos, gente que la quería, sus padres, su hermana, gente que la amó durante su vida y gente que la conoció luego de su muerte, como los policías, jueces, fiscales. Hago investigación pero quiero narrar cómo he maniobrado con mi investigación. Ahí es cuando comienza la literatura, cuando comienzo a decir "yo", cuando cuento cómo me reuní con los testigos, cómo me siento como hom-



## LAËTITIA O EL FIN DE LOS HOMBRES

Ivan Jablonka

Trad. Agustina Blanco

Anagrama/Libros del

Zorzal

424 págs.

\$ 425

bre investigando y escribiendo acerca de una mujer asesinada por un hombre.

Laëtitia y Jessica Perrais paladearon desde la cuna la disfuncionalidad de un papá violento y una mamá alcohólica y depresiva. Vivían con una familia sustituta cuyo padre adoptivo tampoco evitó abusos. “El caso despertó una inmensa conmoción en todo el país –dice Jablonka en la primera página–. El presidente de la República, Nicolas Sarkozy, al criticar el seguimiento judicial del asesino –Tony Meilhon, un ex preso adicto que fue arrestado dos días después de la desaparición de Laëtitia–, cuestionó a los jueces, a quienes prometió ‘sanciones’ en respuesta a sus ‘faltas’. Sus declaraciones desataron una huelga inédita en la historia de la magistratura”. “La desaparición de Laëtitia”, remata Jablonka, “hizo tambalear los tres pilares de la democracia: el poder ejecutivo, la justicia y los medios”.

**–Lo considera un libro tópico. ¿Por qué lo define así?**

–Porque habla de nuestra sociedad. La vida de Laëtitia nos recuerda que vivimos en un mundo en el que las mujeres son comúnmente insultadas, abusadas, golpeadas y asesinadas. En Argentina, con Niunamenes, en España, en Francia. Este es el modo en el que mi libro conecta con la sociología, la historia y retrata nuestra sociedad. Mi libro se detiene en la singularidad de Laëtitia pero conecta con un espíritu colectivo. Laëtitia encarna más que su muerte: la vulnerabilidad de los chicos en el sistema social, la violencia contra las mujeres, el modo en el que somos gobernados. Si nos preguntamos por qué Laëtitia se convirtió en famosa después de muerta, la respuesta es: porque fue asesinada y porque el presidente francés vio en su muerte, en su cadáver, la posibilidad de transformarlo en una controversia política. Y esta es la última forma de violencia que ella sufrió: la violencia de ser usada aun después de muerta.

**–¿Logró entrevistar a toda la gente que deseaba para contar la historia de Laëtitia?**

–Sí. El único que no está en el libro es el asesino.

**–¿Por qué?**

–La respuesta técnica es que no me estaba permitido entrevistarle en su celda. La respuesta real es que yo no lo quería en el libro. Mató a Laëtitia y hubiera sido espantoso que quien la mató tuviera la posibilidad de decir algo acerca de su vida.

**–Usted dice en el libro: “No conozco relato de crimen que no valore al asesino a expensas de la víctima”.**

–Claro. Luego de que la mató, nunca sintió arrepentimiento ni una pizca de culpabilidad. Ni siquiera colaboró con la policía para encontrar el cuerpo. Mi trabajo es un trabajo de justicia, dignidad y verdad. Por definición, él estaba excluido. Se me puede argumentar que es una falta del libro o un defecto. Pude haber dudado entre cometer un error profesional o uno moral y me incliné por evitar el error moral. Se puede explicar así: su ausencia en el libro es un error profesional. Hay gente que comparte la fascinación por la muerte. Tal vez por mi historia personal, yo no. Mis abuelos han sido asesinados

por los nazis y no siento ni remotamente una pizca de fascinación por los asesinos. Los asesinos son asesinos y, hablando como Shakespeare en *Macbeth*, su vida completa está manchada de sangre. *A sangre fría* es una obra maestra, pero en cada página se percibe ternura y fascinación por esos dos muchachos que asesinan. No comparto este sentimiento.

**–Usted es historiador y la historia es una disciplina que ayuda a mirar hacia el pasado. ¿Qué sucede cuando manobra con hechos contemporáneos?**

–No me siento incómodo como historiador al trabajar con hechos contemporáneos. Desde el inicio de la historia, los historiadores han sido testigos. Tucídides luchó en la guerra del Peloponeso como jefe militar, fue castigado y exiliado y allí se volcó a la historia. Sólo a finales del siglo XIX, la universidad dice que no podemos ser historiadores y testigos al mismo tiempo. No es una buena definición circunscribir la historia al pasado.

**–¿Por qué?**

–Porque la historia es un modo de mirar el pasado desde el presente. Y es exactamente lo que hago. Miro un pasado que no es remoto, es un pasado cercano que aún nos pertenece, como el golpe militar de los años 70 sigue siendo nuestro tiempo, nuestro dolor, nuestra sociedad. No es tan necesaria la distancia cronológica. La verdadera necesidad del historiador es contar con distancia crítica.

**–¿Cómo se logra?**

–Sacando un pie afuera de nuestro tiempo, de nuestra vida. Es lo que hice con Laëtitia. Di un paso al costado para comprender su vida de niña dada en adopción, la violencia sobre las mujeres. Necesité distancia crítica para no largarme a llorar sino para entender. Esa es mi misión. Comprender. La definición correcta de la historia no es mirar cinco siglos atrás sino comprender la conexión entre el pasado y el presente.

Jablonka ya había hecho carne su método en *Historia de los abuelos que no tuve*, una biografía de sus abuelos judíos que huyeron de Polonia y llegaron a París en 1938 donde fueron detenidos en 1943 y deportados a Auschwitz. Jablonka investigó en archivos, conoció a testigos, viajó a Polonia, Israel, Estados Unidos y Argentina. Las huellas lo llevaron hasta el barrio de Mataderos, donde dos hermanos de su abuelo se refugiaron antes de la Segunda Guerra Mundial. Fue así que la rama porteña de los Jablonka aprendió a tomar mate y a hacer asado.

**–¿Cómo se lleva con la memoria?**

–Cuando crecí, en los años 80, se hablaba del deber de recordar. Mi concepción de la libertad humana excluye cualquier tipo de obligación moral o intelectual. Usted podría sorprenderse porque todos mis libros hablan de gente que desaparece, que es asesinada. Sé que en Argentina hablar de desaparecidos tiene otro significado pero el centro de mi trabajo es contar la historia de gente que es asesinada, gente que no cumplió su ciclo de vida natural, gente que muere antes de tiempo. No es recordar sino contar sus vidas, su breve paso por la tierra, desde un punto de vista histórico y sociológico.

**–¿Es esa la conexión entre Laëtitia y el libro de sus abuelos?**

–La conexión es tomar la historia de vida de gente que fue asesinada joven y separarla de su muerte. No hay modo de resucitar a las personas pero lo que hago es un modo de arrancarlos de la muerte para que dejen de ser cadáveres y vuelvan a ser seres humanos. En este punto el recuerdo vuelve. Mi modo de recordarlos y de honrarlos es contar la verdad de su vida y de su muerte. No tengo la obligación de recordar sino la libertad de contar una historia.